SAN MATEO 23,1-12

Invocación al Espíritu Santo

Iniciemos la Lectio divina suplicando a Dios que nos asista con su Santo Espíritu, para que el entendimiento se abra al mensaje de su Palabra y el corazón la acoja para amarla y ponerla en práctica.

Se hace un momento de silencio.

1. LECTIO

Una vez seleccionado el texto, este se lee varias veces para memorizarlo, de forma que pase del libro a la mente y de la mente al corazón.

«Entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos diciendo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Hagan y observen todo lo que les digan, pero no imiten su conducta, porque dicen y no hacen. Atan cargas pesadas y las ponen sobre los hombros de los hombres, pero ellos mismos no quieren moverlas ni con un dedo. Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; ensanchan sus filacterias y alargan las franjas de sus mantos. Les gustan los primeros puestos en los banquetes, los primeros asientos en las sinagogas, los saludos en las plazas y que la gente los llame "maestro". Ustedes, en cambio, no se dejen llamar maestro, porque uno solo es su Maestro y todos ustedes son hermanos. Y no llamen padre suyo a nadie en la tierra, porque uno solo es su Padre: el del cielo. Tampoco se dejen llamar instructores, porque uno solo es su Instructor: el Cristo. El mayor entre ustedes será su servidor. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido"»[1].

2. MEDITATIO

Se destacan algunos elementos del texto que ayudan a comprender su sentido espiritual.

2.1. Contexto inmediato de Mt 23,1-12

Desde el capítulo 21, el evangelista narra la última Pascua de Jesús, durante la cual se desencadenarán los acontecimientos que conducirán a su condena y muerte. La celebración

[1] La traducción es personal. El texto griego está tomado de la edición crítica de E. Nestle y K. Aland, Novum Testamentum Graece, Stuttgart, 2012[28].

de la Pascua judía se prolongaba durante varios días, y era costumbre acudir al Templo, donde numerosos peregrinos ofrecían culto a Dios mediante los sacrificios y escuchaban las enseñanzas de quienes explicaban la Palabra de Dios.

Por ello, el evangelista presenta a Jesús pronunciando parábolas y discursos en el Templo de Jerusalén. Sin embargo, su predicación adquiere un tono polémico, pues las autoridades religiosas cuestionan tanto sus acciones, como la expulsión de los vendedores del Templo, como sus enseñanzas, que denunciaban la infidelidad de quienes debían guiar al pueblo.

Los versículos 1-12 mantienen este clima de confrontación. Jesús establece un contraste entre ciertas actitudes de las autoridades religiosas judías y el modo como debe organizarse la comunidad de sus discípulos, es decir, la Iglesia.

2.2. Escribas y fariseos: vv. 1-7

En esta primera parte del texto, Jesús dirige una severa crítica a los escribas y fariseos, quienes gozaban de gran autoridad moral y religiosa entre los judíos.

En las sinagogas existía un lugar destinado a la enseñanza de la Ley, reservado a quienes se dedicaban al estudio de la Palabra de Dios y a la meditación constante de ella. Esta dedicación les otorgaba reconocimiento y prestigio ante el pueblo. Sin embargo, Jesús denuncia una contradicción fundamental: «dicen, pero no hacen».

Sus enseñanzas se apoyan en la Palabra de Dios y, por tanto, contienen elementos verdaderos; sin embargo, su comportamiento no corresponde a aquello que enseñan. En esto consiste la denuncia del Señor: imponen obligaciones a los demás que ellos mismos no están dispuestos a cumplir y buscan más el reconocimiento humano que la gloria de Dios.

En síntesis, estos versículos muestran cómo algunos escribas y fariseos terminan utilizando el prestigio derivado de su conocimiento religioso para buscar beneficios personales, olvidando que toda autoridad auténtica debe orientarse al servicio de Dios y de los demás.

2.3. La Iglesia que Jesús quiere: vv. 8-12

A partir del versículo 8 cambia el tono del discurso y Jesús se dirige directamente a sus discípulos. Según este pasaje, la primera característica de la Iglesia es la fraternidad: «todos ustedes son hermanos». Todos los bautizados formamos el Pueblo de Dios y compartimos una misma dignidad como hijos suyos. Esta igualdad fundamental nos ayuda a reconocer quién nos ha creado, quién nos ha redimido y hacia quién caminamos.

Dios Padre es el origen y fundamento de nuestra existencia, mientras que Cristo, único Maestro y Señor, nos conduce hacia la plena comunión con el Padre. Esta visión de la Iglesia resalta que toda autoridad cristiana encuentra su sentido en la obediencia a Dios y en el servicio a los hermanos.

Por ello, la verdadera grandeza en la Iglesia no se mide por el poder, los títulos o los honores, sino por la capacidad de servir con humildad, siguiendo el ejemplo de Cristo, que «no vino a ser servido, sino a servir» (Mt 20,28).

2.4. ¿Por qué llamamos «padre» al sacerdote?

Una de las inquietudes que este pasaje suele suscitar es el uso de la palabra «padre» para referirse a los sacerdotes. En este mismo texto encontramos una clave para comprender correctamente las palabras de Jesús cuando habla del «Padre del cielo».

Tanto judíos como cristianos reconocemos a Dios como Padre porque es nuestro Creador y el origen de toda vida. Él nos ha creado a su imagen y semejanza y ha manifestado constantemente su amor por la humanidad.

Cuando los fieles llaman «padre» a un sacerdote, no lo colocan al nivel de Dios ni le atribuyen una paternidad absoluta. Más bien reconocen en él a un servidor del Padre celestial, llamado a colaborar en la obra de la salvación mediante la predicación del Evangelio, la celebración de los sacramentos y el acompañamiento espiritual del Pueblo de Dios.

De este modo, la paternidad espiritual del sacerdote participa, de manera limitada y subordinada, de la única paternidad de Dios. El sacerdote está llamado a reflejar el amor del Padre y a conducir a los fieles hacia Cristo, sin buscar protagonismo ni honores personales.

3. ORATIO

Cuando se comprende el texto evangélico, la vida del creyente comienza a iluminarse con la luz de la Palabra de Dios.

3.1. Redescubrir el sentido de las palabras de Jesús: «todos ustedes son hermanos»

La gran enseñanza que Jesús ofrece a sus discípulos y a todos los que lo escuchan es que quien desea seguirlo debe reconocerse hermano de los demás.

Esta fraternidad nace del misterio pascual de Cristo. Por su muerte y resurrección fuimos liberados del pecado y de la muerte eterna, y recibimos la gracia de participar de su filiación divina. Gracias a Él, somos hijos de Dios y miembros de una misma familia espiritual.

Por eso, quien desempeña una responsabilidad, ministerio o servicio dentro de la Iglesia debe recordar siempre que está llamado a servir a sus hermanos. Ninguna función eclesial otorga superioridad sobre los demás; por el contrario, exige mayor entrega, humildad y caridad.

Oremos al Señor para que nos conceda un corazón sencillo, capaz de reconocer la dignidad de cada persona y de vivir la fraternidad cristiana con autenticidad. Que aprendamos a servir sin buscar reconocimiento y a ejercer toda responsabilidad como una expresión de amor a Dios y a los hermanos.

Vivir como hermanos dentro de la Iglesia no significa eliminar la diversidad de ministerios y servicios, sino comprender que todos ellos están orientados a la edificación del Cuerpo de Cristo. Así, el más grande será quien más ame y más sirva.

4. CONTEMPLATIO

El mensaje de la Palabra de Dios no debe quedar guardado únicamente en el corazón; está llamado a transformar nuestra vida y a compartirse con los demás.

Para reflexionar

¿Qué imagen de Iglesia descubro en mi comunidad o en mi parroquia? ¿Una Iglesia preocupada por los honores y las apariencias, o una Iglesia que promueve la fraternidad, el servicio y el crecimiento espiritual de sus miembros?

Con mi manera de actuar, ¿reflejo el verdadero rostro de Cristo y de su Iglesia o, por el contrario, doy ocasión para que otros perciban una actitud excluyente, autorreferencial o poco fraterna?

¿De qué manera concreta puedo vivir esta semana el llamado de Jesús a la humildad y al servicio desinteresado?